

Contexto social y político, por Mariano Marucco

LA ARGENTINA EN CRISIS: EL FIN DEL ONGANIATO

Arturo Illia había sido electo presidente con el veintitrés por ciento de los sufragios, con el pésimo auspicio del peronismo proscrito, aunque ello no explica ni la resistencia del sector empresarial y de los medios de comunicación a su hacer, ni los porqués del golpe militar del 28 de junio del '66. Desde ese día el General Juan Carlos Onganía ocupó la presidencia hasta el 8 de julio de 1970. Con su mandato comenzó la llamada Revolución Argentina, período dictatorial cuya represión y censura fue la característica principal de gobierno y la forma de permanecer en el poder. Toda oposición ideológica y práctica cultural que atentase contra la "buena moral", occidental y cristiana, era duramente castigada. La Noche de los bastones largos -primer hecho de represión por parte del gobierno de Onganía- funcionó como hito de demarcación del inicio de fuertes tensiones sociales, manifestaciones de repudio en contra del régimen, represión y censura.

La Revolución Argentina rápidamente enarboló la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional, usada en aquel entonces por muchos de los gobiernos de facto de América Latina, representantes de las altas burguesías nacionales, de los sectores conservadores y reaccionarios, para ganar el consenso de la población y obtener así la hegemonía política. En el momento de su ascenso, el Onganiato contó según las encuestas con el 66% de apoyo por parte de la población. Unida a ese consenso, la Doctrina de la Seguridad Nacional le permitió al gobierno construir desde una palabra autoritaria y demagógica un discurso autolegitimante de sus prácticas represivas hacia todo lo que fuera considerado un "foco revolucionario".

En el orden de los discursos, en el plano metafórico, los enunciados establecieron una lucha simbólica entre las Fuerzas Armadas y los partidos políticos, gremialistas e intelectuales más importantes de la Argentina (Perón,

Tosco, Ongaro, Walsh) por adueñarse del decir verdadero y conformar la realidad. Las palabras del gobierno construyeron una Argentina cuyo cuerpo social estaba enfermo, débil, y gravemente infectado por el virus del comunismo. En cambio, las palabras de la oposición hablaban de una Argentina debilitada por la violación y penetración de capitales extranjeros, producto de la economía impuesta por el gobierno y que favorecía la inserción de empresas trasnacionales y multinacionales en el país (Proaño-Gómez, 2002).

La nación argentina se encontraba escindida no sólo entre el gobierno y los sectores opositores, mayoritariamente de clase media, sino que también las fracturas, antagonismos y pugnas se producían en distintas partes del gobierno, entre las políticas más liberales y las menos fervientes del cambio social, propias de un conservadurismo a ultranza. El gobierno militar del General Onganía no construyó la base para el apoyo político necesario tras su proyecto de nación “sustentable”.

La población demostró públicamente con manifestaciones callejeras el descontento que le ocasionaba ese clima de represión

autoritaria donde no se perfilaba un mejoramiento social. Los sectores obreros populares que habían logrado mejoras durante el peronismo se vieron cada vez más excluidos de algún tipo de integración social, y fueron los que mayores protestas de repudio realizaron. El fuerte apoyo que recibieron estos sectores dentro de la protesta estuvo dado por el estudiantado universitario formado en ideologías de izquierda[1].

La relación política que se desarrolló y fortaleció entre estudiantes y obreros, comenzó a darse a partir del levantamiento popular que se produjo en Córdoba el 29 de Mayo de 1969, conocido como el Cordobazo, primera piedra de repudio hacia el gobierno de Onganía y comienzo del desmoronamiento tanto de su gestión como del régimen dictatorial. En 1970, la hegemonía del gobierno de facto se debilitó, la oposición a su gestión dentro de la población civil fue unánime, el descontento popular se manifestó en un sinnúmero de marchas callejeras.

El clima de movilización y radicalización de la sociedad provocó un recambio dentro del régimen militar, el General Marcelo Levingston sucedió sin aciertos a Onganía, y luego el General

Alejandro Agustín Lanusse cerró el ciclo de la llamada Revolución Argentina proponiendo una salida electoral para

marzo de 1973. Las consecuencias dejadas por la gestión de este gobierno de facto fueron:

“la creciente centralización del capital financiero, la transnacionalización acelerada, el desmantelamiento de la mayor parte de la industria nacional o su subordinación, y el incremento del consumo de artículos de lujo en contraste con la caída pronunciada de los standards de vida de grandes sectores de la población” (Proaño-Gómez, 2002: 103).

La crisis económica social con la que comenzó el país en la década del setenta fue un factor importante para la fuerte unión de los sectores más desprotegidos en busca de posibles proyectos de reconstrucción social. La unión del estudiantado de clase media, universitario y militante, a los sectores

populares tiñeron ideológica y políticamente los primeros años de la década mencionada. Los proyectos utópicos impulsados desde los sectores políticos de izquierda fueron las propuestas revolucionarias de una generación politizada y combativa.

LA CÓRDOBA COMBATIVA: docta, obrera y revolucionaria

La geografía de la ciudad de Córdoba cambió en los años '60. El establecimiento de importantes fábricas automotrices en barrios periféricos en los años cincuenta dio un dinámico empuje modernizador a la fisonomía de la tranquila ciudad mediterránea. Una masa obrera con conciencia de clase buscaba recuperar las mejoras obtenidas durante el gobierno de Perón, crecía en sus aspiraciones sociales y laborales, y se

unía al sindicalismo combativo que representaba la imagen de Agustín Tosco. Nacía también la figura del obrero-estudiante, militante en partidos políticos independientes con ideologías de izquierda: socialistas, comunistas, maoístas; e incluso miembros orgánicos en organizaciones armadas guerrilleras (FAR, ERP, Montoneros).

La intelectualidad universitaria estimulada con las lecturas de las teorías

marxistas y gramscianas que hacía Aricó en la revista Pasado y presente (1973), el movimiento de revalorización popular que hacían los curas tercermundistas y el nacimiento de un sinnúmero de partidos y organizaciones políticas de izquierda teñían ideológicamente una juventud estudiantil-obrera con impulsos revolucionarios y transformadores.

El estallido del Cordobazo fue la coronación de un malestar que recorría toda la Argentina. Fue un acontecimiento que comenzó con un paro activo organizado por los sindicatos más importantes en torno a las fábricas de la ciudad, en el que se pedía un aumento salarial. Se inició así un cese nacional por 37 horas, decretado por la C.G.T. Además, el 29 de mayo de 1969, se concretó una movilización callejera para reclamar la garantía de los derechos ciudadanos y de los trabajadores. A esa movilización se plegaron espontáneamente el estudiantado universitario, organizaciones políticas y varios sectores de la clase media. Luego, se desató una revuelta callejera que no encuentra precedentes en la historia de una ciudad conservadora, docta y clerical.

El Cordobazo significó un quiebre en el desarrollo de la política económica

y el cuestionamiento a la represión del gobierno de la Revolución Argentina, y además fue un hecho fundamental en la construcción de una subjetividad política, válida para todos los ciudadanos y ciudadanas del país. Luego de este acontecimiento, las ciudades del país se llenaron de protestas urbanas, las universidades volvieron a ser un importante centro de discusión de ideas y proyectos políticos.

En este contexto de revuelta social, los jóvenes se adueñaron de ese hacer la historia con clara conciencia protagónica considerando la posibilidad de cambio social. Las prácticas conservadoras fueron fuertemente cuestionadas. Tras el compromiso social hacia los sectores menos favorecidos y más explotados, lo comunitario pasó a ser una actitud de vida y la militancia orgánica en distintas agrupaciones una realidad más en la vida cotidiana para lograr la transformación.

Un mundo nuevo emergió de esa sociedad tradicional, nuevos tipos sociales actuaban la política en un escenario modificado sustancialmente: el obrero de la gran empresa junto a la juventud universitaria militante y políticamente activa se convirtieron en

los potenciales sujetos revolucionarios. La imagen de Ernesto "Che" Guevara, su faceta "heroica" y de resistencia, sumada a la fuerte impronta antiimperialista pregonada por la Revolución Cubana, influyeron en la configuración de un sujeto con propuestas transformadoras:

Las dos figuras típicas del obrero y del estudiante tendían a cruzarse o al

La clase obrera era joven en una doble acepción: desde el punto de vista de su constitución como sujeto social, pero también por la edad de la mayoría de sus integrantes (Crespo, 1999: 186).

Ellos ocuparon el centro de la vida política argentina hasta marzo del '76. La rebeldía generacional hacia los valores tradicionales, en este caso burgueses, era visible en una constante práctica de compromiso político y social con los explotados y marginados del sistema,

menos a mantener relaciones fluidas, que creaban eventuales contenidos políticos revulsivos (Crespo, 1999: 186).

En este sentido, los jóvenes estudiantes/obreros no sólo se acercaron sino que llevaron ambos roles en un mismo cuerpo político:

sumado a una clara visión de transformación dada por las lecturas marxistas. Este sujeto políticamente activo, con ideales emancipatorios y espíritu de lucha por la equidad social hizo que la juventud de los '70 fuese llamada la Generación de la Revolución.

LA GENERACIÓN DE LA REVOLUCIÓN: la juventud politizada de los '70

La década del setenta fue un período histórico que se abrió bajo el signo de la crisis: Mayo del 68 en París, la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia, la guerra de Vietnam y la política de la "coexistencia pacífica" entre

las dos potencias mundiales: Estados Unidos de Norteamérica y la Unión de Estados Socialistas Soviéticos. Ante la certeza de la derrota en el sudoeste asiático, Estados Unidos decidió

modificar su política frente a Latinoamérica.

Para el Pentágono era necesario asegurar el dominio en el “patio trasero” controlando con mayor fuerza los gobiernos. La política exterior de los Estados Unidos apoyó golpes de Estado sangrientos y genocidas en Latinoamérica, como el que sufrió el gobierno constitucional de Salvador Allende en Chile el 11 de septiembre de 1973. Además, contando con la complicidad de las Fuerzas Armadas títeres de América Latina, programó junto a las dictaduras la Doctrina de la Seguridad Nacional (Ferreira, 2000: 238-239).

Los pueblos no aceptaban el tutelaje norteamericano y lo demostraban explícitamente. La fuerza de la revuelta de estos años delineó un imaginario generacional revolucionario coherente a la Revolución Cultural China y las acciones guerrilleras del Che en Bolivia. En Argentina y más precisamente en Córdoba los procesos de crítica cultural y activismo político por parte de la juventud se realizaban de forma sincrónica a los europeos. El Cordobazo, las acciones por un frente cultural de izquierda o por un teatro revolucionario,

colectivo y popular son hechos contemporáneos al Mayo Francés, la Primavera de Praga, los movimientos estudiantiles en los EE.UU, el hippismo, las luchas por la liberación de la mujer y las luchas antirraciales.

Los modelos revolucionarios a nivel internacional aparecían como ejemplos de participación política alternativa para un importante número de jóvenes que sustituyeron los modelos tradicionales de participación e impregnaron con la palabra política todos los ámbitos de la vida de las ciudades. En Argentina, la militancia orgánica en los partidos políticos no sólo formó subjetividades políticamente activas y comprometidas con el entorno social, sino que fue una manera generacional de relacionarse ideológica y afectivamente entre iguales, establecer vínculos sociales a fin de lograr, entre otras cosas, lo que hoy consideramos la utopía de la revolución cultural. El compromiso social fue vivido como una circunstancia histórica generacional incluida en toda práctica social, aún en las ajenas a la práctica política.

El contenido de las producciones culturales estéticas se politizó, una forma de cuestionamiento hacia la tradición

cultural elitista fue poner la mirada en la situación social que atravesaban los sectores más desprotegidos. Emergió en el campo cultural un arte politizado y comprometido. Los jóvenes artistas intentaron unir en una sola práctica el arte a la vida, la vanguardia estética a la política, la acción a la revolución.

En el contexto convulsionado se produce desde 1971 la posibilidad del retorno de Perón al poder y ello permitió que las distintas corrientes políticas de izquierda programaran cambios por varios caminos, para algunas complementarios de la guerrilla armada, para otras dentro del espacio democrático. El imaginario del cambio social y las posibilidades de lograrlo se redujeron con el retorno del General Perón en 1973, una aguda crisis institucional comenzó a acrecentarse hasta su muerte en 1974.

El Estado y a la sociedad argentina entraron en una clima de violencia e ingobernabilidad total. Luego de la muerte del líder en ese año '74, con la asunción de Isabel Martínez y especialmente por una dirigencia sindical de derecha y por acciones de gobierno detentadas por el ministro López Rega, la represión tomó rumbos legales e ilegales.

En correspondencia, se hicieron frecuentes las persecuciones ideológicas de la Triple A, grupo paramilitar de ultraderecha, que hizo desaparecer y victimizó a los opositores, a la vez que desde el gobierno se otorgaba a las Fuerzas Armadas poder constitucional para la represión.

En el corto período interdictatorial (1973-1976) es conocido que la izquierda más radicalizada proponía una verdadera revolución social (Casullo, 2000). En el caso que aquí estudiamos, la concientización revolucionaria de los sectores populares de la población se lograba entre otras formas a través de la intervención teatral (tal como han estudiado Curtino, 2004; Musitano, Zaga, 2002). El teatro era un discurso menos controlado por ser más restringido su alcance y público, a diferencia de los medios masivos de comunicación, se constituía como un elemento importante para la lucha ideológica (Taham, 2000).

Los grupos independientes que la prensa identificó como parte del Nuevo Teatro Cordobés (Heredia, 2000) pensaban ese teatro político como instrumento eficaz para actuar la revolución y por ello centraron su acción

en la producción grupal, en la concientización de sectores populares marginados y en la búsqueda de su identidad como militantes y hacedores de teatro. Mediante la objetividad épica del teatro comprometido buscaron desde la escena una nueva subjetividad solidaria con los problemas de sus receptores, afín a la vida de esos hombres y mujeres de la Córdoba urbana de los '70.

En este escenario local y en ese contexto social y político descrito los

distintos grupos de artistas y actores militantes, politizaron el teatro para obrar sobre la realidad. Como verdaderos agentes de cambio fusionaron vanguardia política y estética, intervinieron teatralmente (Curtino, 2004) modificando la experiencia de los espacios públicos, las relaciones con el público receptor y actuando la revolución en nuevas modalidades de producción colectiva.

[1] Definimos el concepto de ideología, siguiendo a Althusser, como “formaciones complejas de ideas, imágenes y representaciones, que funcionan como “normas prácticas” que regulan la vida de los hombres y sus comportamientos (Althusser, 1979). En este sentido, entendemos como ideología de izquierda a toda posición/acción política sustentada en lecturas marxistas que programen un proyecto de transformación de las condiciones y relaciones capitalistas de producción económica y cultural.